

IMAGEN DE LA MEDICINA

La medicina es el ser humano

CATALINA VARGAS ACEVEDO¹

*Hay una diferencia sustancial entre
el amnésico y el olvidador [...].
El amnésico ha sufrido una amputación
(a veces traumática) del pasado;
el olvidador se lo amputa voluntariamente.
El amnésico y el olvidador, Mario Benedetti*

Somos un continente sin memoria. Llevamos más de cinco siglos siendo cómplices de un olvido absoluto, forzoso y desolador. Algunos han sido víctimas de guerras, conflictos, luchas, mentiras, ideas ideológicas e ideas declaradas; pero muchos más hemos sido ignorantes y silenciosos espectadores que miramos sin ver y pasamos con orgullo y la frente en alto sin formular la más mínima pregunta. Nos hemos amputado parte de la historia, y hemos decidido no recordar. Entonces, ¿por qué no recordamos, por qué hemos olvidado? El olvido es casi siempre voluntario, ya que estamos creados, desde un compo-

nente orgánico y proteico, para recordar y almacenar. De hecho, es la capacidad de memoria y la conciencia de tenerla lo que nos define, entre otras cosas, como seres humanos. El olvido es una falta de repetición de aquello que debemos recordar y una represión de aquello que nos duele recordar.

Somos un pueblo lleno de amnésicos que ha sufrido, como dice Benedetti, una traumática amputación del pasado y por represión es incapaz de recrear su historia y su propia identidad. Es un pueblo de amputados que ha sufrido una conquista que no solo invadió un

1. Estudiante de VI Semestre de Medicina, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

continente, sino que invadió la memoria de sus habitantes. Son amputados que han tenido que obedecer y levantar la cabeza con un “sí” inseguro. Son amputados y pequeños amputaditos que sufren y sufren sin saber, sin preguntar y sin entender por qué. Son amputadas las víctimas de conflictos y de dictaduras y son amputados los que marchan y marchan en una tierra que intenta dar a gritos las respuestas y decirnos quiénes somos, por qué somos y cómo volvemos, finalmente, al principio.

La historia de América Latina está escrita. Desde la Conquista y a lo largo de los años hemos definido referencias ambiguas como una *historia oficial* del continente. Sobre esta base inválida, dictadores y gobiernos han establecido lo que hoy llamamos nuestra historia; pero es imposible que se convierta en nuestra propia identidad, pues es una historia que no nos pertenece. No podemos caminar hacia delante porque no tenemos que mirar hacia atrás. El ser humano se enfrenta al mundo a partir de su propio cuerpo, pues no es difícil saber qué es arriba, qué es abajo, qué es atrás y qué es adelante. Nosotros, como continente, hemos perdido la orientación básica que necesitamos tan urgentemente para dar el siguiente paso. No tenemos pasado, no sabemos que hay atrás, entonces no sabemos cómo ir hacia delante. Sin solucionar un problema tan básico como este no podremos solucionar los demás ya que, como dice Benedetti, “ningún

pueblo logra una verdadera paz si tiene un pasado pendiente”.

Sí, somos un continente sin memoria, y es nuestro deber, como latinoamericanos, devolvernos la posibilidad de recuerdo. Debemos abrir los ojos críticamente y escribir con nuestras propias palabras y debemos afinar nuestra audición y escuchar los gritos y alaridos de nuestra tierra, de nuestros Axolotl, que tienen las respuestas. Pero, sobre todo, debemos entender y conocer al ser humano para poder definir, de una vez por todas, el hombre latinoamericano. Esta es la medicina. Más que nombres complejos, noches sin sueño, lágrimas ante lo imposible y horrendas ojeras en los ojos, la medicina es el ser humano. Es conocer la normalidad y la anormalidad, no de un ser sistemáticamente fragmentado en miles de piezas, sino de un organismo complejo con capacidades intelectuales y emocionales que rigen su funcionamiento integral, aún más que el latido de su corazón. Es conocer y, sobre todo, interpretar a los seres humanos.

Sin embargo, cada vez nos olvidamos más de esta integralidad y nos convertimos ya no en lectores pasivos de libros y letras, sino en lectores y observadores pasivos y perezosos de un individuo. Consideramos cada órgano como si hubiera sido amputado del resto del cuerpo y lo tratamos como tal. Cada vez somos menos lectores críticos capaces de interpretar, cuestionar y, sobre

todo, amar la medicina. Cada vez somos menos los dispuestos a dar todo por una carrera capaz de curar las amputaciones de nuestras víctimas latinoamericanas. Somos médicos capaces de actuar en un presente, en un espacio que se llama Colombia. Y, sin embargo, cada vez son más los que dejan al despojo y a la suerte del derrumbe y la violencia a las víctimas de un conflicto que es nuestro.

Sí, es nuestro deber abrir los ojos, pararnos de nuestro propio sofá de terciopelo verde que llamamos comodidad y dar un paso hacia delante. Sí, es nuestro deber devolverles a cada víctima y a cada amputado su salud, su derecho a la

vida y, por ende, su posibilidad de buscar, de la mano de todos, la identidad de América Latina, porque, yo sí creo, como lo dijo el maestro García Márquez hace treinta años, en “Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra”. Yo sí creo en la medicina, yo sí creo en el ser humano, y yo sí creo en la paz de América Latina. Ya es hora de que empieces a creer.